pero no vergonzosa; la corrupción moral significa poco en nuestra época, que es toda de formas. Nada importa que hayas sido coqueta; que hayas tenido muchos adoradores; que hayas llevado en tu bella mano el cetro de la elegancia; que hayas derrochado una gran fortuna, y que debas casi otro tanto de lo que has gastado: el hecho es que á tí la galantería no te ha dado beneficios; que no has tenido amantes reconocidos, y que los dos ó tres hombres que te han amado han sido pretendientes á tu mano, con los fines más aceptables y más rectos, con el fin, según queda dicho, de llevarte al altar: nada de esto te perjudica, sino todo lo contrario, te presenta á los ojos de un hombre crédulo con irresistibles atractivos.

—¿Y qué?—exclamó la señora de Torres:—¿á qué quieres venir á parar con eso? ¿Qué me quieres decir?

—Lo siguiente: que si quieres, puedes hacer la conquista del Conde viudo del Villar, y casarte con él en breve plazo.

VII

—¡Adriana!—dijo la hermosa viuda, moviendo suavemente el brazo de su hija,—ve á tu cuarto y acuéstate: estás muerta de sueño esta noche.

La joven abrió los ojos y se enderezó en su asiento.

—¡Ah! ¿es Clotilde?—dijo al ver á la Baronesa; y acercándose á ella, añadió:

—Me alegro de que hayas venido, porque así harás compañía á mamá; yo voy á acostarme.

—Sí, hija mía, sí—dijo Clotilde besándola en la frente como á un niño pequeño:—yo acompañaré á tu madre; hasta mañana, que vendré á buscarte para ir á paseo.

Adriana presentó la frente á su madre, en la que ésta estampó un beso, y luego salió del gabinete.

—¡Qué has dicho!—exclamó la viuda, corriendo ansiosa al lado de su amiga y sentándose con apresuramiento.—¿Cómo has podido concebir ese pensamiento? ¡Casarme yo con el Conde!

—Nada más fácil, si quieres.

—¡Con ese hombre sombrío, receloso, misántropo!

—¡Pero que es riquísimo! ¿No piensas en que podrás, á la vez que labras tu ventura, ayudar á la de tu hija? ¿No sabes que Daniel depende de una pensión de alimentos que le da su hermano mayor? Y esta pensión, siendo tú la esposa del que la da, ¿no podría aumentarse, doblarse, triplicarse acaso?

—¡Tienes razón!—murmuró pensativa la viuda.

—¿No amas á Adriana?—insistió la tentadora.

—¡Ella es mi solo amor en el mundo!

—¿No quisieras verla dichosa?

—Daría mi vida por conseguirlo.

—Pues para que lo sea, ante todo, tiene que casarse con Daniel, al que ama con el alma, y después tiene que ser rica.

—Ya lo sé, y ese es mi tormento: una niña educada como una princesa, ¿cómo vivirá con los escasos medios de Daniel?

—Muy mal, si tú no la ayudas; y eso es lo que podrás hacer, casándote con el Conde.

—¡Ah, Clotilde!—exclamó Leocadia:—con tu ingenio, con tu travesura, todo es posible. ¡Yo no valgo lo que tú; yo no tengo tu valor!

—Pues no tienes más remedio que adquirirlo, que mirar de frente tu situación y vencerla con paciencia y sangre fría, y no creas que tu lucha terminará con tu matrimonio, no: después de entrar en esa familia que te rechaza; después de ese triunfo, aún te queda lo más rudo de la batalla: la Condesa viuda tiene aún bastante ascendiente sobre el Conde, que la amó siendo joven y la ha admirado siempre; prepárate á ver en ella una formidable enemiga.

—¡En cuanto á eso no la temo!—observó Leocadia con una sonrisa á la vez triste y desdeñosa.

—Yo en tu lugar la temería mucho.

—La conozco, y sé que no tiene condiciones para la guerra.

—Las tiene, pero no aparentes; tiene las más terribles, las involuntarias: hazte desde luego su amiga, é interésala en tu favor.

—No parece aborrecerme, y todo su afán se

cifra en que su hijo no se case con Adriana.

—No hablemos ahora de eso—dijo la Baronesa:—hablemos de los medios que has de emplear para hacer la conquista de ese viudo agreste y misántropo.

—¿Y su hija? ¿y esa muchacha fea y monjil?

—Para nada te cuides de ella: esa hará lo que debe, callando y marchándose á un convento.

—A donde se irá será con su abuela política la Condesa.

—Tanto mejor, así te quedarás sola con tu marido. Para conquistar á éste necesitas mucho tacto y mucha sagacidad: empieza por hacerte la sentimental, por adularle, y á la vez por deslumbrarle con todos los atractivos que puedas aumentar á tu natural belleza.

—¡Que ya va decayendo!

—¡Eh! Después de casada, ¿qué importa? El gran trabajo de la mujer es hallar marido; el conservarlo después importa poco.

—La conquista del Conde es muy difícil.

—Es preciso que te presentes en su casa para pedirle una recomendación cualquiera; él es muy cortés y vendrá á traerte la contestación; una vez en tu casa, á tu ingenio dejo el resultado: sólo en tí consiste el que venga con frecuencia; y ahora, adiós, me retiro porque voy con mi marido á un concierto para los pobres. Reflexiona en lo que te he dicho, y prepara tus armas para mañana; lo que se ha de hacer tarde, hay que hacerlo pron-

to y es mejor: ve mañana á casa de tu enemigo.

La Baronesa salió, y su amiga quedó, en efecto, profundamente reflexiva.

Al día siguiente, y á eso de las dos de la tarde, Leocadia bajaba de una modesta berlina á la puerta del Conde del Villar. Llevaba un delicioso vestido negro de rica faya y guarnecido de encajes; dos perlas en las orejas, de extraordinaria pureza y tamaño, y una gola de encaje blanco, fina como la espuma; un velo de blonda acariciaba su peregrina cabeza, y sus manos dejaban ver su admirable y linda forma á través de un fino guante color de lila claro.

El Conde, triste y solo, se hallaba sentado al lado de la chimenea y saboreaba un puro, hallándose envuelto en una rica bata de cachemir, con los pies metidos en babuchas, y un gorro de terciopelo que sujetaba sus cabellos grises.

Era un hombre alto, envejecido por el pesar, pero de bella figura y de constitución fuerte; sus grandes ojos negros tenían llamaradas de cólera, pero también esplendores de ternura infinita. Al ver á Leocadia en el salón hizo un ademán de sorpresa, y quiso retroceder de nuevo hasta el gabinete, cuya puerta estaba abierta, para vestirse y presentarse á ella de una manera más conveniente.

—Mil perdones, señora—dijo.—Mi criado no sabía que la puerta de mi cuarto estuviese abierta, y me ha sorprendido usted agradablemente; vuelvo al instante.

—No me haga usted el poco favor de creerme tan trivial—dijo la viuda de Torres:—así he hallado á usted, y así deseo que permanezca al lado mío.

—Sea—repuso el Conde sentándose,—y dígame en qué puedo servirla.

—Deseo una cosa pequeña, una cosa que á mi parecer no vale nada; pero como las mujeres somos malos jueces en esto...

—¿Y qué es ello?

—Deseo un modesto destino en un Ministerio para el marido de una joven que ha sido camarera mía durante algún tiempo.

—Yo vivo tan retirado, señora—observó el Conde,—que...

—Vamos, ¡no se excuse usted! no se haga el pequeño conmigo, que tan pequeña soy.

—Quizá tiene usted más amigos y de más valía que yo.

—Nada de eso: vivo también muy retirada. Vamos, amigo mío—continuó la sirena, acercando su sillón al del Conde,—¡no se niegue usted á complacerme!

Un fuerte perfume de lirio y violeta llegó en nube invisible al cerebro del Conde; dos hermosos ojos llenos de luz se fijaron con ternura en los suyos, á la vez que unos labios delicados como las hojas de una rosa, se entreabrieron para dejarle ver dos sartas de menudas perlas.

No era el Conde un viejo ni un estóico: una sen-

sación extraña brotó en su alma; quedó mirando á la viuda, y luego le dijo con mal segura voz, y volviendo al fin la vista á otro lado:

—Señora, haré lo que pueda; envíeme usted una nota que exprese su deseo.

—Aquí está, —dijo Leocadia, presentando al Conde un papelito doblado.

—Y ahora—añadió—quiero otra cosa de usted.

El Conde se inclinó.

—Quiero que venga usted á mi casa á traerme noticia de mi pretensión; tengo empeño que venga usted á decirme lo que haya, y si mi recomendado logrará lo que desea.

—Si es pequeño, iré.

—¿Cuándo?

—Así que sepa algo de fijo que noticiar á usted.

—Todas las noches le esperaré á usted hasta las doce, para tomar una taza de té.

—No se prive usted de salir.

—Salgo poco, y esperar á usted me será más grato que todas las diversiones.

A este fogonazo á quemarropa, el Conde miró atónito á la viuda, hizo un gesto violento de desagrado, y luego dijo:

—Es que puedo tardar en ir.

—No importa.

—¿No se cansará usted de esperarme?

—No, señor.

—Entonces, y por si acaso se cansa, tendré que ir pronto.

—Y me dará una gran alegría.

La viuda se levantó, alargó la mano al Conde, que la ocultó fácilmente dentro de la suya, y le dijo:

—Hasta pasado mañana.

—¿Por la noche?

—Sí, á las diez.

Leocadia se dirigió á la puerta; ya en ella, se volvió, hizo una graciosa cortesía al Conde, y cruzó la sala siguiente con tal rapidez que Marcelo no pudo seguirla, desapareciendo muy pronto á sus ojos.

¡Cuánta ligereza, cuánta gracia, cuánto *arte*, en una palabra, había en aquella especie de huída! ¡Aquella mujer, amaestrada en la ciencia de la seducción, coqueta refinada, se había revelado á los ojos del misántropo, del hombre grave y estudioso, como un sér desconocido, singular, casi fantástico! Marcelo, enamorado con el alma de la Condesa, en su adolescencia; casado después con una joven sencilla y buena, á la que amó y fué fiel; sumido más tarde en las tinieblas en que le había sumergido la muerte de Luisa, y la soledad moral en que ésta le había dejado, no conocía mujeres de aquella clase; no conocía sirenas que hacen á la vez su presa en el alma y en los sentidos, en la imaginación y en todas las facultades que llevan, no sólo á sentir, sino también á pensar.

La conquista estaba hecha; el deslumbramiento, cumplido. El Conde, severo é intolerante, no

había querido ver jamás á la viuda del banquero y á su hija, y cuando las había hallado en casa de su madre política, en dos distintas ocasiones, las había saludado con frialdad y se había retirado.

Desde que salió la sirena, el Conde se dejó caer de nuevo en su sillón, apoyó la frente en la mano, y pareció como abrumado de un repentino deslumbramiento; con los ojos cerrados veía poblarse un mundo nuevo de risueñas visiones y gratas imágenes; su casa, tan triste, tan sola, se animaba al tibio soplo del hada que la había visitado; no eran los sueños del Conde los de un adolescente, porque tenía demasiado buen sentido para alimentarlos: eran los sueños de un hombre que ya conoce algo de las dulzuras de la vida, y anhela su perfección dentro de los límites prescritos por las leyes sociales.

—¡Qué confortable casa podría yo tener si tuviera á la vez por hermana ó esposa á una mujer así!—pensaba el misántropo;—¡qué delicada mesa! ¡qué grata y asidua compañía haría á mi soledad! Mi hija se hallaba sólo unida á mí por los lazos de la sangre, pero de ningún modo por los de la simpatía: me respeta y me quiere; pero esto último ¡ay de mí! bien débilmente. ¿No me deja para estar sola en su cuarto ó en compañía de su abuela? ¿Se cuida acaso de mí? ¡Oh, es forzoso que yo salga de esta terrible, de esta helada soledad moral!

No podía haber soñado la hermosa y astuta viuda un resultado más pronto y más brillante de sus manejos, ni aun su misma amiga lo había soñado tampoco al darle su ingenioso consejo. Seducir á un hombre melancólico y severo como era el Conde, le parecía empresa muy difícil, y no confiaba en que Leocadia pudiera lograrlo; pero lo superficial y gracioso gusta y enamora más al sexo fuerte que lo bueno y modesto; sabiendo poner al servicio de las miras femeniles el egoísmo del hombre, se alcanza todo lo que se quiere; no le mostréis jamás heróicas virtudes, porque acaso se espantará al contemplarla cerca de su pequeñez; pero aduladle, no sólo en sus virtudes, sino en sus defectos; mostradle como una gracia cada una de sus imperfecciones; decidle que le adoráis por ellas; mostradle que sabréis alegrar su vida y hacerla agradable, blanda y dichosa, y nada más necesitáis para hacer de él un instrumento; el hombre se deja prender en las más espesas, en las más sofocantes redes, con sólo que á su parecer estén cubiertas de flores.

VIII

Era la tarde de uno de los últimos días de Febrero.

El sol, sereno y brillante, alumbraba con toda su fuerza, pues serían las cuatro, y se filtraba por los *stores* de seda y las colgaduras de raso de un soberbio palacio de la calle Ancha de San Bernar-

do, una de las más grandes y alegres de la villa y corte de Madrid.

Precedía al palacio un gran patio, cercado por un arriate de flores, y en el que paseaban muchos criados y palafreneros; este patio estaba rodeado por bancos de hierro pintados de verde, y semejantes á los que se ven en los jardines.

En el fondo del gran patio se abría una anchurosa puerta de cristales de dos grandes hojas y forma ojiva; la manecilla, los tiradores y todas las bisagras eran de hierro dulce, brillante como la plata ó el acero bruñido; la puerta era de encina, sólida y preciosa á la vez, y cincelada como un mueble de gran valor.

Abierta la puerta, se descubría la escalera de mármol blanco como la nieve, con pasamanos de bronce y barandilla de hierro calado como un encaje; y después de subir algunos escalones, adornados á ambos lados de grandes macetas, se abría otra gran puerta que ocupaba el centro del vestíbulo.

Dos grandes lebreles ingleses, echados sobre una alfombra turca, eran los perennes guardadores de aquel lugar: cuando entraba alguno, alzaban sus finas é inteligentes cabezas, pero no aullaban ni daban muestra alguna de humor irascible y colérico; si era algún amigo, se levantaban y le saludaban con alegres movimientos de la cola.

A uno y otro lado de este espacioso vestíbulo, decorado con dos grandes estatuas de mármol negro, que sostenían dos colosales candelabros de bronce dorado cargados de bombas de cristal, se hallaban las habitaciones: entraremos en el ala de la derecha, donde estaban las del dueño de aquella espléndida mansión, del Conde Marcelo del Villar.

Una antesala suntuosa precedía á un espléndido salón, dentro del cual se hallaba su despacho ó gabinete de trabajo, vestido severamente de cuero de Rusia con arabescos de una finura y delicadeza exquisitas; una mesa de ébano con incrustaciones de bronce; dos altos armarios de igual clase; grandes y soberbios cuadros de caza y guerra; una panoplia de armas de todos los países, desde las más raras hasta las más modernas, y dos ó tres muebles antiguos y de gran mérito artístico para guardar dinero y papeles, componían el rico decorado de aquella anchurosa estancia; las ventanas tenían espesas cortinas de terciopelo forradas de seda, con el blasón bordado en el centro, y en sedas de vivos colores de las armas de la casa.

Diseminados en elegante desorden, se veían algunos sillones tallados y de épocas distintas, tapizados con cuero igual al que vestían las paredes; era uno un cómodo Voltaire; otro, un sillón á lo Luis XIV, forrado de damasco Pompadour; ante la chimenea de mármol tallado formaban semicírculo algunas butacas de elegante forma, y bajo el colosal espejo que coronaba la meseta había un juego de bronces de reloj y dos copas, que valían una gran fortuna.

La alcoba, espaciosa, alumbrada por una gran ventana que daba al jardín, y separada de la pieza por esbeltas columnas de pórfido con venas obscuras, contenía un lecho y un armario de vestir; frente á la entrada había un gran estante lleno de libros, y á los pies del lecho se veía una puerta que daba acceso al cuarto de baño y tocador.

Todas estas habitaciones tenían un carácter de rara elegancia, de distinción perfecta; pero tenían también el sello de una profunda tristeza.

Todo era en ellas sombrío: los tapices, los cuadros y hasta los muebles; las espesas cortinas de las ventanas interceptaban la luz clara y radiosa del sol, que tanto alegra el corazón de quien la contempla cuando está libre de penas.

Si en la cámara de Marcelo reinaba la sombra, en cambio el salón que la precedía estaba inundado de sol y de claridad, todo vestido de damasco púrpura, con medias cañas de oro, adornado de soberbios cuadros, lleno de flores raras y preciosas que exhalaban aromas penetrantes; cargadas las consolas de estatuitas de mármol, de copas de bronce y de juguetes de plata y de Sévres, aquel gran salón parecía anunciar alegría, fiesta y ventura.

Huyendo sin duda de las sombras de su dormitorio, Marcelo se había acomodado en un sitial del salón; las ventanas abiertas daban al jardín, del que subían los penetrantes perfumes precursores de la primavera; algunos rayos de sol se quebraban en la alfombra de terciopelo, cuyo fondo carmesí hacía resaltar la viveza de las flores de que estaba sembrado; dos pajarillos cantaban en dos jaulas de marfil y plata suspendidas ante las dos ventanas por gruesos cordones de seda carmesí.

El Conde, sentado en un sillón de forma señorial, tenía delante un velador que contenía dos ó tres periódicos, una cigarrera de plata llena de habanos y una mecha del mismo metal, con una bandejita ovalada para echar la ceniza; leía con atención; pero de vez en cuando quitaba el cigarro de los labios, separaba la vista del periódico, y quedaba entregado á pensamientos que no debían ser tristes, pero que embargaban toda su atención.

Durante uno de los intervalos en que leía, se abrió suavemente la puerta del salón, y una joven entró en él sin hacer ruido.

Traía en la mano un plato de rica porcelana, y en él algunas hojitas verdes y algunas flores del campo; dirigióse á una de las dos jaulas, desató el cordón sujeto á un clavo dorado que se hallaba en un ángulo de la ventana, hizo descender la jaula, y empezó á adornarla con las yerbecillas y las flores, que el jilguero empezó á picotear alegre.

—¿Cómo, Cristina, no has salido? —preguntó el Conde, que había levantado los ojos.

—Aún no, papá, —contestó dulcemente la joven.

—¿No ha venido tu abuela?

—Mamá no ha venido todavía,—repuso Cristina, corrigiendo modestamente á su padre.

El Conde le envió una mirada de enojo.

—Deja á tus pájaros y ven aquí,—le dijo.

Cristina obedeció.

—Siéntate aquí, á mi lado—continuó Marcelo, —y respóndeme lealmente á lo que te voy á preguntar.

Cristina ocupó el asiento que su padre le señalaba, y esperó lo que iba á decirle con una tranquilidad triste.

—Dime, hija mía—empezó el Conde:—¿por qué das á tu abuela el dictado de madre?

—¡Porque al perder la mía hallé un consuelo en no dejar de pronunciar tan dulce nombre!—respondió Cristina con acento alterado.

—Y entonces, ¿cómo vas á llamar á mi mujer cuando yo me case?—preguntó severamente el Conde.

—Padre mío—respondió Cristina con una dulzura triste y tan lejos del temor como de la altanería,—¡cuando yo empecé á llamar á la Condesa de la manera que hoy te desagrada, no podía pensar en que jamás volvieras á casarte!

—¿Y por qué, señorita? ¿Se puede saber?

—Sí, padre mío; de todo cuanto digo y pienso puedo dar explicación: no podía pensar en que volvieras á casarte, porque era muy niña; lo mismo he dado desde que sé hablar el dulce nombre de madre á la Condesa, que á la que me llevó en su seno; ésta no se oponía, y cuando la perdimos,

¿cómo dejar y por qué dejar tan larga y dulce costumbre?

El Conde guardó silencio: no sabía qué responder á las dulces y mesuradas respuestas de su hija; y sin embargo, la conversación debía prolongarse, y era imprescindible que así sucediese.

Después de algunos momentos de silencio, Marcelo tomó al fin la palabra conociendo lo embarazoso de la situación.

—Mi querida Cristina—dijo tomando la mano de su hija,—acaso he empezado la explicación que quiero tener contigo de una manera poco conveniente: sabes que voy á unirme á otra mujer, y deseo saber qué sitio le darás en tu consideración y en tu cariño.

—Cristina palideció; sus labios temblaron: era una criatura nerviosa é impresionable hasta el exceso; pero dominando su emoción con un esfuerzo de su voluntad, contestó:

—Le daré en mi consideración exterior el sitio que debo dar á la esposa de mi padre.

—¿Y en tu consideración interior?

—El sitio que merezca.

—¿Y en tu corazón?

—Ninguno, padre mío: el corazón da lo que puede, y no lo que debe ó quiere.

Al pronunciar Cristina estas palabras, su palidez era mayor que antes; dos ó tres menudas gotas de sudor perlaban su frente; sus labios tem-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

blaban como las hojas de una rosa azotadas por el viento.

—¿De modo—dijo dolorosamente el Conde—que aborreces á Leocadia?

—No, papá: soy cristiana, y no sé aborrecer; pero no le perdono el que se haya atravesado en el camino de una familia que ningún daño le había hecho.

—¿Y crees que ella nos lo hará?

—¡Ya nos ha hecho tanto, padre mío!

—¿Tendrías á bien explicarme cuál ha sido?

—¡Cuál ha sido! ¡Quitar á Daniel el título y las riquezas que hoy son tuyas y que debía heredar si tú no tuvieras hijos; darme á mí hermanos que me robarán la mejor parte de tu cariño; ocupar el sitio de mi buena y santa madre; tener en su poder á Daniel por medio de su hija! ¡Ah, padre mío, esa mujer es mi mayor, mi sola enemiga sobre la tierra!

Y Cristina prorrumpió en sollozos al decir estas palabras.

Su padre iba á contestarle, y tiernamente sin duda, á juzgar por la expresión de su semblante; pero un criado anunció desde la puerta del salón con voz contenida:

—¡La señora Condesa!

Cristina pasó el pañuelo por sus ojos, y se levantó para recibir á su abuela; el Conde le salió también al encuentro.

—¿Qué es esto?—preguntó María mirando á la

joven.—¿Qué tienes, hija mía? ¿Por qué lloras?

—Son niñadas, mi querida María—repuso el Conde, de cuya alma se había ya borrado hasta el último recuerdo del amor de su adolescencia por aquella mujer;—á mi hija se le ocurre llorar ahora por mi casamiento.

—¡Ahora!...—repitió Cristina.—¡Hace un mes que no dejo de verter lágrimas!

—¿Y por qué?—dijo la Condesa dulcemente y llevándose de la mano á Cristina hacia un canapé, en el que la hizo sentar á su lado.—¿Por qué llorar así? ¿Por qué afligirte de ese modo, hija mía? Hágase en todo la voluntad de Dios. Tu padre es dueño de hacer la suya; es joven todavía, y no ha podido renunciar al amor.

—¿No le bastaba mi compañía?—suspiró Cristina.

—No es tu compañía la que él necesita: dado toda su vida á la misantropía, no es tu carácter apacible y tranquilo lo que podía distraerle; no alumbra bien la luna—prosiguió la Condesa bajando la voz—la obscuridad del valle, y mejor se alumbra con la luz de los relámpagos. No hay entre tu padre y tú esa perfecta simpatía de carácter que hace de la vida un edén, que une dos almas como una sola: así, hija mía, déjale buscar lo que al parecer suyo necesita su corazón, y pide al cielo que no se engañe.

—Pero ¡y yo, y yo!...—exclamó la pobre joven.

—A tí te quedo yo, pobre niña: sola como tú,

aislada de todo amor en la tierra, porque el corazón de mi hijo me ha sido arrebatado, uniré mi soledad á la tuya, y á las tuyas mis penas; nuestra vida será de hoy en más dedicada al dolor y al sacrificio; pero ¿qué importa? Bendigamos al cielo, que tan hermosa parte nos da de la vida, porque es tan corta, que llega muy pronto el día del juicio eterno y de las compensaciones perdurables.

Las lágrimas de Cristina parecieron correr con menos violencia y menos amargura; el dolor que levantaba su pecho con suspiros apresurados, se suavizó como por milagro, y en silencio pareció saborear los dulces ecos de aquella voz amiga, llena de encanto y de persuasión.

El Conde, sentado á alguna distancia, no oía distintamente lo que hablaban; y ora saboreaba su cigarro, enviando al espacio largas espirales de humo azulado y aromático, ora fijaba la vista en el periódico extendido sobre la mesa, aparentando leer, pero sin leer en realidad.

Comprendía, sin embargo, lo importante que era para su tranquilidad la conferencia de la Condesa con su hija; conocía y estimaba altamente la rectitud y dignidad del alma de aquélla, su virtud inmaculada, la gracia y atractivo de su persuasión, y se decía que todas las tempestades del alma de Cristina quedarían apaciguadas con la suave influencia de María de Guzmán, de aquélla que había sido hija ejemplar, esposa incomparable, madre amorosa y llena de ternura.

Aprovechemos estos instantes en que Cristina escucha la voz amiga que se desliza en sus oídos, para que yo pueda, lector mío, presentarte á esta joven, con la que vas á entablar más íntimo conocimiento en el curso de esta historia.

Llegaba Cristina del Villar á los veinte años de su edad, y jamás joven de nuestra sociedad ha presentado un tipo más atractivo é interesante sin ser bonita. Su estatura, alta y esbelta, era proporcionada y elegante; su tez, de un trigueño claro, era pura y débilmente rosada; dos grandes y hermosos ojos negros, parecidos á los de su padre, iluminaba su fisonomía graciosa, inteligente y sentimental; tenía la boca de corte delicado y del más bello color de rosa; eran sus labios finos, y se unían sobre una fila de blancos dientes, ó se separaban como dos cintas de coral pálido, unidas por otra de nácar; la nariz fina y graciosa, y las pestañas abundantes y sedosas; el cabello copioso y obscuro; todo este conjunto no daba, sin embargo, á Cristina lo que suele llamarse hermosura, porque una profunda melancolía robaba á su lindo rostro todos sus esplendores.

Esta tristeza profunda había nacido á la muerte de su madre: el precoz talento de aquella niña de doce años le había hecho adivinar que Luisa llevaba con ella á la tumba toda la alegría, toda la ventura de su hija, que sólo Luisa había podido aclarar é iluminar temporalmente las sombras

del alma de su marido, y que muerta ella, Cristina podía contar poco con el amor de su padre, que era más bien hombre de impresiones que de sentimientos.

Así, el alma de la huérfana se entristeció mortalmente, y se acogió á la ternura de su abuela política con un afecto completamente filial. Dióle el dulce nombre de madre, y se vió amada, no con la misma ternura que siempre, sino con mucha más, pues la Condesa quería amar á la pobre huerfanita por la madre que había perdido y por sí misma.

Los temores de Cristina se cumplieron. Su padre cayó en una obscura misantropía: pasaba las semanas sin dirigirle la palabra, y aunque la niña entraba á verle todos los días, apenas le hablaba, apenas dejaba un beso en su frente, pues Marcelo sufría al recuerdo de Luisa, que hallaba siempre vivo en su corazón al acercársele su hija; el Conde era hombre y egoísta.

Sin embargo, en el alma apasionada de Cristina había siempre un fondo de tristeza, una sombra densa. Aquella alma, que se ocultaba bajo una apariencia suave y quizá algo fría, era profunda en sus afectos y firme en sus antipatías; como los lagos cuanto más honda es su superficie aparecen más serenos, así era Cristina; la indiferencia, el despego de su padre, la hacían sufrir cruelmente. Ella le amaba con ternura, con abnegación; le adoraba en el fondo de su alma, y la

indiferencia del Conde era para la pobre niña un martirio insoportable.

¡Pero de qué claros y radiosos resplandores se iluminó la vida de aquella niña con el cariño de Daniel! Como la débil hiedra que nace cerca de un lozano arbusto y á él se enlaza para sostener su debilidad y su aislamiento, así el corazón solitario de Cristina se adhirió á la vida de su primo, dichosa con amarle y sin pensar mucho en que podía ser amada, y que la primera y más imperiosa exigencia de la pasión es la correspondencia y la reciprocidad.

Cristina era una niña inocente, y halló tan grande encanto en amar y en el cariño que su primo le manifestaba, que nada más pedía á la vida: ya miraba saldadas sus cuentas con el cielo; ya se decía que era suya también una parte muy grande de ventura, y que se hallaría fuerte y resignada para sufrir todas las tristezas y todos los dolores, menos el de dejar de ver y amar á Daniel.

¡Cruel burla de los destinos humanos! Este era, y no otro más pequeño, el dolor que tenía el porvenir deparado á Cristina. Con la perspicaz mirada de quien ama, vió la desgraciada niña los primeros esplendores y la primera florescencia del amor de Daniel; pero á poco vió írsele escapando aquel corazón noble que ella adoraba. Víctima destinada por el cielo al más inmenso de los sacrificios, hubo de resignarse, y se resignó, llorando sobre el seno de la Condesa, de aquella segunda

madre que debía al cielo por un resto de piedad.

Cristina sufrió noblemente su tortura sin una queja, sin una lágrima ostensible, sin ningún signo exterior de una debilidad que no cabía en la nobleza de su carácter. Dios la dió fuerza; pero Dios solo supo cuántas fueron sus angustias, de qué mortal desaliento se vió agobiada, y cómo la locura estuvo á punto de clavar su terrible garra en su joven cerebro.

La calma siguió á la tormenta: el dolor tiene su medida, medida que no es igual en todas las almas, sino que es mucho más profunda en algunas que en otras; pero al fin Dios le ha puesto un límite, y á él se llega con más ó menos esfuerzos.

A los diez y ocho años hay tanta vida en el corazón, y en la imaginación tantas flores, que el dolor, por amargo que sea, no suele ocasionar la muerte: la esperanza sonríe á lo lejos como una hada bienhechora, y nos muestra sus extensos jardines y sus praderas de esmeralda. Cristina, sin quererlo y sin saberlo, se consoló: era ferviente cristiana, se sabía inocente de toda culpa, y nada hay que sea tan consolador y tan dulce en las tinieblas del dolor como la serenidad del alma.

—Amaré á Daniel como á un hermano—se dijo;—cuidaré á sus hijos, que miraré como míos, porque yo no me casaré nunca.

Algunos meses se pasaron en paz melancólica; de repente, y como un rayo que rompe con ímpetu las nubes, llegó hasta Cristina la nueva del matrimonio de su padre: el ama de llaves de su casa, que había sido muchos años doncella de su madre, le contó con todos los detalles cómo la viuda de Torres había ido á ver al Conde con un frívolo pretexto, cómo le había seducido como á un muchacho, cómo él había ido á verla, y cómo se había enamorado ciegamente.

—¡Quién había de pensar—prosiguió la buena mujer—que el señor Conde cayera en tan grosero lazo!... ¡Ah, señorita, mucha culpa tiene usted de lo que ha sucedido, por no estar en casa más que á las horas de dormir y por desentenderse así de su señor padre!

—¿Y qué había de hacer, Juana?—exclamó Cristina, ahogada su voz en lágrimas amargas.—¡Mi padre no quería mi compañía! ¡Huía de ella para estar siempre solo!... ¡Mi inocente amor no bastaba para alumbrar su sombra interior, ni para llenar el vacío de su alma!

—Ya lo creo—respondió Juana, que era mujer de no vulgar inteligencia;—ya lo creo, señorita: el cariño de una hija es una cosa muy fría y muy pequeña, comparado con las malas artes de esas aventureras.

Cristina soportó con gran trabajo aquel nuevo dolor: siempre había lamentado la indiferencia de su padre hacia ella; pero al saber que se casaba, le pareció que le perdía para siempre, y le lloró como si hubiera dormido ya bajo su tumba.

Conociendo, sin embargo, ya por los consejos de su abuela y ya por su propio buen juicio, que nada adelantaría con la ostentación de su pena y que se la confundiría con el vulgo de las hijas egoístas y envidiosas, procuró revestirse de una serenidad triste, ó más bien de una resignación tranquila que no la pusiera en evidencia ante la pública curiosidad, exponiéndola á la malevolencia de la futura esposa de su padre, y de su hija, la futura esposa de Daniel.

En el día en que la vemos al lado de su padre, después de dar de comer á sus pajaritos, Cristina no estaba más triste que los demás días: el cariño y la prudente intervención de su abuela la sostenían en aquellas largas horas de dolor y de amargura; al oir las palabras de consuelo de la Condesa, ya hemos dicho que sus lágrimas corrieron menos amargas y que la serenidad volvió á su pecho.

—Sí, madre mía, seré valerosa—dijo estrechando fuertemente la mano de la Condesa,—y huérfana de todos los amores, miraré en la tierra á los desdichados y á Dios en el cielo.

—Vamos á salir, como habíamos pensado—repuso la Condesa;—el buen parecer exige que compremos los regalos de boda para las señoras de Torres; no quieras dispensarte jamás, hija mía, de lo que la sociedad exige: reñir con sus leyes, es aislarse; despídete de tu padre, y vámonos.

Cristina se acercó dócilmente á su padre, le tomó la mano, y le dijo:

—Adiós, papá.

—Adiós—contestó friamente Marcelo; y volviéndose á la Condesa, añadió:—Adiós, María.

—Vamos á buscar cuatro lindas alhajas, aunque sean muy sencillas—dijo alegremente la Condesa:—dos para Leocadia y dos para Adriana; serán el doble regalo de boda de Cristina y el mío.

—Aconseja á esa niña sentimental y rebelde—dijo el Conde,—y dile que yo también he tenido madrastra y no he sido desgraciado.

—Eso es una delicada lisonja para mí, que ocupé el sitio de tu madre—observo la Condesa;—pero confiesa que los dos primeros años me aborreciste.

—Luego te adoré.

—Y yo espero que Cristina profesará á su nueva madre una amistad sincera al cabo de algún tiempo; no la reconvengas, Marcelo: espera con calma la curación de su alma ulcerada; en asuntos de sentimiento se hace lo que se puede, y no lo que se quiere.

Cristina, que había sido espectadora inmóvil y muda de este coloquio, obedeció á una señal de la Condesa, y puso un beso en la frente de su padre, saliendo después ambas del gran salón.